

TIFFANY CALLIGARIS

EL
CRESCENDO
del DRAGÓN



Los miembros de la familia real de Snoara se alejan de las comodidades del castillo para salir en busca de sus propios destinos y luchar contra la furia de las criaturas fantásticas que reclaman su poderío, y contra nuevos adversarios tan hipnóticos y astutos como dañinos.

Aquellos que desataron el caos con un beso se embarcarán en una travesía plagada de desafíos y deberán renunciar a los lujos de la realeza para formar parte de un plan mayor que pondrá sus vidas en riesgo. Sin embargo, nada parece imposible a los ojos de un dragón y una chica unicornio que anhelan un amor prohibido, y a la pasión de un músico con una hechicera tenaz.





A Phillip y Shiku, las dos estrellas que me iluminaron en 2020.

«Que el viento bajo las alas os sostenga allá donde
el sol navega y la luna camina».
El Hobbit, J.R.R. Tolkien



PRÓLOGO

La gran roca formaba parte de un desierto; era una prisión de aire y arena enterrada en un sueño sin fin.

O eso pensó.

Había sido olvidado. Reducido a un silbido de furia.

Hasta que el sueño sí tuvo fin.

Despertó.

El desierto respiraba inmóvil.

Arena y estrellas.

Tiempo. Tiempo. Tanto tiempo.

Su ira no conocía descanso.

Su sed era insaciable.

Tomkin.

Iba a encontrarlo. Romperlo. Poseerlo.

Iba a usar su rostro. Vestir su cuerpo.

Devorar su espíritu. Quebrar sus huesos.
Algunos lo llamaban Kanaima. Otros, «el maligno».
Devoró el frío de la noche y adoptó la forma de un felino salvaje.
Sus largas garras dividieron la arena.
Su hocico olisqueó el aire del desierto.
La luna presenció el comienzo de la cacería.
Corrió bajo el manto de estrellas, y bajo los rayos del sol, y bajo una noche sin luna, y bajo un día sin sol.
El desierto quedó detrás.
Y luego la pradera.
Y las montañas.
El sediento felino cruzó paisajes y atravesó estaciones.
Furia, venganza, sangre. Furia, venganza, sangre. Furia, venganza, sangre.
Buscó y buscó.
La sangre que saciaría su sed había desaparecido.
Bajo madera, tierra y años.
Tomkin.
Muerto.
Pero no su hijo.
Ni el hijo de su hijo.
Lo encontró en la orilla de un río.
Un niño.
Rizos y risa y hoyuelos.
Presa.
Era su presa.
Cogió impulso.
Un estrujón de muerte.
Colmillos. Cuello.
Garras. Hombros.
El felino lo asomó a su muerte.
La Kanaima lo poseyó.
Un hoyo negro.
Sin fin.
Al igual que el sueño.

Que lo condenó.
El niño despertó en la orilla del río.
Sin risa.
Ni hoyuelos.
Sin nombre.
Ni sol.

Cuando las criaturas reinaban en Estarella, el lugar había pertenecido a una manada de pegasos: caballos alados de temperamento salvaje y alas de trueno. Los niños de Epona solían verlos surcar las nubes, apareciendo y desapareciendo, veloces cual relámpagos.

Atroy, el impetuoso semental que lideraba la manada, era una fantástica criatura de pelaje completamente negro. Un símbolo sagrado. El relámpago de Epona.

Hasta que un hechizo atrapó sus alas bajo redes tejidas de sueños. El monte entero durmió junto a ellos: los árboles de florecillas violetas, la laguna de agua cristalina, la inalcanzable cima que ningún hombre se había atrevido a escalar, las nubes de cerezo que la rodeaban.

Los habitantes del reino de Epona continuaron venerando a los caballos alados, esperando el día en que pudieran regresar a su lugar en el cielo. Incluso les habían construido un santuario con una magnífica escultura de Atroy, en donde los niños solían dejar flores, bayas silvestres y pequeñas figuras de madera para que supieran que no los habían olvidado, que anhelaban verlos libres del terrible hechizo.

Un joven guerrero vestido con armadura de cuero, Demetrius, había liderado a sus hombres hacia las tierras sagradas del monte. Días atrás, el suelo había rugido bajo su aldea. El monte ya no dormía: era una puerta abierta a criaturas que habían descendido sobre ellos en estampidas de destrucción. Los caballos alados surcaban el cielo

una vez más, causando tormentas y enfureciendo a las nubes.

Sin embargo, la ira de la manada había estado dirigida al cielo. Buscaban a una bestia diferente: una mantícora.

El borde del escudo rozó su mentón. Era frío e impenetrable.

Treinta soldados avanzaron a sus espaldas, hermanos en armas, hombres valientes. O eso creyó. El rugido de la bestia puso a prueba su valor. Demetrius flexionó las rodillas en una posición que lo acercó al suelo.

Era un guerrero. Confiaba en la lanza en su mano, en la fuerza de su brazo.

Creyó que el ataque vendría de frente. De una criatura que se asemejaba a un monstruoso león. Pero el ataque vino por la retaguardia. De la traición de treinta hombres.

La infernal punta de acero le perforó la piel descubierta en el borde de su armadura y se enterró en el músculo bajo su hombro. Otras le siguieron: en sus piernas, en sus brazos, en cada espacio de piel expuesta que la armadura de cuero en su torso no logró defender.

—¿Por qué?

La sangre que escapó de sus labios tiñó la pregunta de rojo.

—Un tributo —contestó su segundo en comando.

—Para saciar el apetito de la mantícora —agregó otro de los soldados que había entrenado.

Su brazo buscó un blanco, pero su fuerza titubeó.

Traidores. Todos. Hombres sin honor.

Lo dejaron allí. Arrodillado sobre un charco de tierra y sangre. Su cuerpo era un templo saqueado; habían quebrado sus muros, roto su estructura, quemado su interior.

Un nuevo rugido sacudió la humedad bajo sus piernas. Demetrius gritó su propio rugido de furia. Antes de entrar al monte, la posibilidad de morir en defensa de su hogar, de sus hombres, había sido un intercambio justo. Ya no lo era. Nunca volvería a serlo.

Clavó el escudo delante de él y tragó un gemido de agonía al encontrar resistencia en la tierra. La sangre que se derramó sobre el acero le robó sus últimos respiros de vida y lo acercó al vacío eterno de la muerte.

No. No sin su venganza.

Levantó la lanza, usando el borde del escudo para sostener la moharra, la cuchilla en la punta. Eso le daría tiempo hasta que la criatura se acercara lo suficiente.

El monte estaba perdiendo sus colores, los ojos de Demetrius se estaban nublando, reemplazando el mundo de los vivos por el dominio de los muertos.

Era mejor que eso. Mejor que sangre y un cuerpo roto.

Demetrius era el comandante más joven en la historia de Epona. Un guerrero invicto que vivía bajo las mismas reglas que el filo de su espada. Su madre le había contado que la noche en que nació, los pegasos descendieron en un vuelo de tormenta para celebrar su espíritu indómito.

«Corazón de acero», lo habían llamado. «Espada de relámpago». «Sol rojo».

La bestia a la que debía dar caza se hizo visible entre el paisaje que continuaba disipándose frente a sus ojos al igual que humo. Una mantícora: el cuerpo de un león con largos colmillos y una melena de lava, el aguijón de un escorpión por cola. Su veneno era capaz de detener el corazón de un dragón en un mero respiro.

Demetrius estiró el asta, el cuerpo de la lanza, sobre su hombro. La flexión de los músculos lo ahogó en un tortuoso espasmo de dolor que impulsó lo que quedaba de su sangre fuera de su cuerpo, llenando cada una de las heridas que habían rebanado su piel.

El joven guerrero hizo su tiro.

Su puntería fue certera, pero el impulso resultó débil.

Un latigazo de la letal cola y la lanza se desvió fuera de su vista, perdiéndose entre las tinieblas.

Si la muerte era obstinada en reclamarlo, Demetrius la recibiría de pie. Sus manos presionaron contra el borde

del escudo, enterrándolo bajo el peso de su cuerpo.

–Ven, bestia. Al menos tu ataque no se esconde bajo la forma de la traición.

La mantícora avanzó, sus pasos eran majestuosos, y su cola, una serpiente engañosa. Esperaba que terminara su vida con su poderosa mandíbula, y que no la robara con veneno.

Solo tenía que aguardar. Dejar el mundo con una promesa de venganza. Pero su ego le prohibió tal derrota.

Demetrius dejó escapar un grito salvaje y embistió a su oponente, decidido a utilizar sus manos al igual que garras. Iba a morir peleando. Mordiéndolo, si era necesario.

Iba a convertirse en un tipo de bestia diferente.

El mundo se detuvo en un relámpago negro que aterrizó en su camino y lo envió volando hacia atrás. Creyó que la muerte misma había descendido del cielo. Que lo cargaría bajo sus poderosas alas. Pero la criatura que enfrentó a la mantícora poseía una belleza hecha de cometas y tormentas que no conocía la muerte.

Un impactante corcel alado cuyo pelaje oscuro era un agujero en la noche se paró sobre sus patas posteriores y cubrió todo bajo plumas que destellaron afiladas.

Demetrius se rindió ante la mágica criatura, aceptando su primera derrota, satisfecho ante el honor.

Atroy tocó con su hocico de terciopelo la frente del joven guerrero y le concedió su don.

«Algunos dicen que los unicornios vienen de la
luna.
Que descubrieron una senda de polvo de estre-
lla
que cruzó el cielo hacia un bosque olvidado».
*Recopilaciones sobre la historia de Estarella, Cornelius
Creighton*



CAPÍTULO 1

UN CAMBIO EN EL HORIZONTE

No extrañaba los días atareados, los días en que sus obligaciones no le concedían ni medio momento de privacidad. Se sentía culpable por ello. Por disfrutar del silencio en vez de anhelar los sonidos de la corte.

Farah Clarkson se enderezó con cuidado para evitar molestar la herida en su abdomen.

Dos días atrás había despertado en un hogar desconocido sin saber cómo había llegado allí, a excepción de algunas escenas que continuaban cambiando de orden en su cabeza.

Las imágenes comenzaban en un esplendoroso salón adornado por montones de velas y copos de nieve; era la celebración por la futura boda de su hermana Kass y el príncipe Lim de Lonech. Recordaba haber conversado con los invitados. También la sensación de alivio que tuvo cuando regresó a la familiaridad de sus aposentos y con-

templó la luna azul que iluminaba el cielo tras la ventana. Luego todo se volvía confuso y era arrojada a una espiral de sombras y momentos rotos.

Su atacante se había desprendido de algún rincón oscuro. La daga en su mano había perforado su cuerpo sin vacilar, destrozando su prenda y luego su piel hasta causar un daño casi fatal.

Los únicos rasgos que su memoria guardaba de su atacante eran el pelo marrón rojizo y los rasgados ojos turquesa. La había cargado fuera del castillo sin ser visto, arrebatándola de su reino, para abandonarla a su suerte en un bosque lejano.

Estaría muerta de no ser por Cronan y Garvan Donegal, los príncipes de Glenway. Los jóvenes la habían encontrado inconsciente sobre un lecho de hojas secas y sus esfuerzos por salvarla habían resultado ser suficientes. Gracias a ellos, había logrado escalar y salir de un infinito abismo negro.

Farah acomodó la manta sobre sus hombros sin apartar la vista de la ventana. Le gustaba mirar hacia afuera. Desde que era una niña sus ojos siempre tendían a perderse al otro lado del vidrio. Era su manera de encontrar calma. Probablemente se debía a que había crecido dentro de un castillo y tenía curiosidad por saber lo que acontecía afuera.

El sonido de una risa juvenil interrumpió sus pensamientos. Los príncipes habían estado jugando una partida de naipes y uno parecía haber logrado un truco sobre el otro. Cronan soltó sus cartas en señal de derrota y pasó la mano por su alborotado pelo castaño. Su mellizo lo celebró con una expresión de victoria y recolectó el saco de monedas que debía de ser su recompensa.

Se encontraban en una acogedora cabaña de piedra que pertenecía a la familia real. En las palabras de Garvan: «Un refugio al que venimos cuando queremos pasar unos días al aire libre».